

PRESENCIA SENSIBLE. CUIDADO Y CREACIÓN EN LA CLÍNICA PSICOANALÍTICA.

Suely Duék
Psicóloga, Psicanalista,
Especialista en Psicología Clínica/PUC-Rio,
Miembro Efectivo del Círculo
Psicoanalítico de Río de Janeiro,
suely.duek@gmail.com,
Río de Janeiro, RJ, Brasil.

Para citar este artículo / Para citar este artigo / To reference this article

Duék S. (2018) PRESENCIA SENSIBLE.
CUIDADO Y CREACIÓN EN LA CLÍNICA PSICOANALÍTICA.
Intercambio Psicoanalítico 6 (1), DOI: doi.org/10.60139/InterPsic/14.2.1/
Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional (CC By 4.0)

PRESENCIA SENSIBLE. CUIDADO Y CREACIÓN EN LA CLÍNICA PSICOANALÍTICA.

Autor: Daniel Kupermann
Título: Presença Sensível e
Criação na Clínica Psicanalítica
Año: 2008
250 págs.
Editorial Civilização Brasileira.
Río de Janeiro, Brasil.

Comenta: Suely Duék¹

1 Psicóloga, Psicanalista, Especialista en Psicología Clínica/PUC-Rio, Miembro Efectivo del Círculo Psicoanalítico de Río de Janeiro, suely.duek@gmail.com, Río de Janeiro, RJ, Brasil.

En *Presença Sensível: Cuidado e Criação na Clínica Psicanalítica*, Daniel Kupermann hace una narrativa de la historia del psicoanálisis desde el punto de vista de la teoría, del manejo clínico y de las instituciones. Su texto se caracteriza por un lenguaje accesible a los nuevos analistas y también a aquellos que desean visitar las transiciones y conflictos en el campo de la teoría y clínica psicoanalítica y en las instituciones psicoanalíticas.

Kupermann (2008) ofrece una lectura crítica que discute el peligro de la influencia del mercado sobre la práctica psicoanalítica y sobre la formación analítica subordinada a criterios corporativos, sin conceder a los candidatos en formación la libertad ética de la elección.

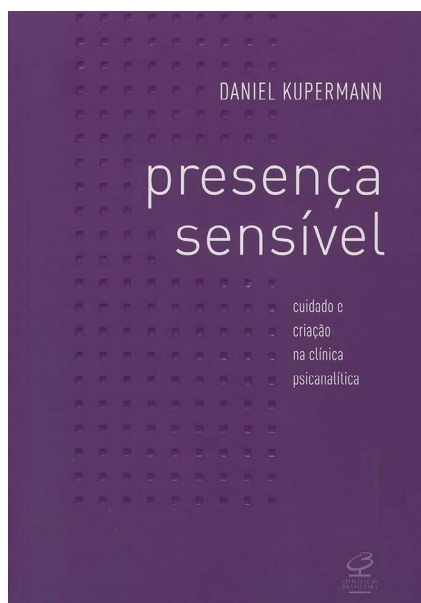
El pensamiento de Freud es examinado por la vertiente de la metapsicología, mientras que Ferenczi, Winnicott y Deleuze alimentan el enfoque del autor en cuanto a la teoría teórico-clínica y en lo que se refiere a la formación del psicoanalista en las diferentes escuelas. El libro es rico por la transparencia del pensamiento del autor sobre el Psicoanálisis de lo Sensible, como ocurre en sus textos más actuales. No cabe duda de que el estilo crítico estimula el deseo de leer en quienes se profundizan en la historia de la relación analista-analizante.

La portada del libro, con pequeños cuadrados color lilas, en relieve, y que deslizan, sugiere del deseo de contacto, sensibilidad y tranquilidad, ilustrando la consistencia del texto. El autor presenta ensayos, versiones revisadas y modificadas de artículos a través de las vertientes freudianas, ferenczianas y winnicottianas del psicoanálisis, apuntando cambios de perspectiva frente al atendimento de pacientes difíciles. Utiliza una forma didáctica y creativa para contar la historia del psicoanálisis, enfocando los siguientes temas: la formación del analista, la transferencia y contratransferencia, y la comunicación del analista.

Kupermann (2008) se preocupa con no perder la mirada crítica sobre aquello que designa como "el estatuto del psicoanalizar" (p. 11) en toda la extensión de los siguientes capítulos: I – Formación del Psicoanalista; II – Clínica y Metapsicología; III – Trilogía Ferencziana; IV – Psicoanálisis, Creación y Cultura; y V – Psicoanálisis y Educación.

En la introducción del capítulo I, el autor deja claro que la formulación del hilo conductor del saber del psicoanálisis se encuentra en la transferencia, y también que esta constituye la relación del "encuentro analista-analizante", señalando sus dilemas e imposibilidades (p. 23).

Es en el ensayo "Transferencias cruzadas, transferencias nómadas" (pp. 21-51)



que Kupermann (2008) propone el estudio de la institucionalización del psicoanálisis a través de la mirada sobre la formación del analista, sus relaciones con los maestros y también sobre los problemas, contradicciones y autoritarismo de las sociedades psicoanalíticas. También critica las exigencias que en el siglo pasado las caracterizaron, sin excluir la posibilidad de que aún hoy existan psicoanalistas sujetos a tales lazos de compromiso, que traen prejuicio al trabajo psicoanalítico.

Sin perder de vista la idea de que el psicoanálisis pretende constituir un saber crítico sobre la cultura, y el deseo de que ese saber transforme la cultura, Kupermann (2008) discute la institucionalización del psicoanálisis en tres tiempos. Con la creación la Sociedad Psicológica de los Miércoles, en 1902, se analiza la difusión masiva del psicoanálisis en las culturas europea y norteamericana, en lo que se considera el primer tiempo de la institucionalización del psicoanálisis, con un grupo de estudios inicial centrado en Freud.

En el segundo tiempo de la institucionalización del psicoanálisis, cuyo marco es la creación de la IPA, se produce una operación de las “transferencias de las transferencias” en el campo psicoanalítico (p. 28).

El tercer tiempo, definido como “movimiento de regreso transferencial a Freud” (p. 29), es la época en la cual Freud interpreta los desvíos teóricos e institucionales del movimiento psicoanalítico por la óptica de la resistencia y de la transferencia.

La obediencia ciega a los analistas y maestros, desde los primordios del psicoanálisis hasta nuestros días, es materia de exhaustiva preocupación del autor, que se refiere a la frustración de Freud frente a Jung, que se suponía deseaba ocupar su lugar, lo que llevó al rompimiento de la relación entre los dos. Es entonces creado el Comité Secreto, en 1912, para evitar la repetición de casos como el de Jung: un grupo compuesto por colegas más cercanos a Freud y que serían los responsables por los caminos de los primordios del movimiento psicoanalítico. Sandor Ferenczi creía que un psicoanálisis hecho con el propio Freud evitaría las adulteraciones teóricas, y que los iniciantes, a través de la transferencia, garantizarían una buena conducta institucional.

En 1914, Freud proclama: “El psicoanálisis es mío” (p. 30), dejando hasta los días de hoy marcas en el medio psicoanalítico, tales como la posibilidad de un “análisis salvaje” (p. 31) y el enfrentamiento con lo que no es considerado psicoanálisis.

Poco a poco se va desarrollando una lucha por la sucesión de Freud. Con la salida de Freud de las decisiones centrales, después de la fundación del Instituto Berlín, empieza un cuarto tiempo de la institucionalización del psicoanálisis: como producto de su ligación con Ferenczi, un analizante suyo, cuando Freud deduce que no toda relación entre analizante y analista debe ser considerada transferencia.

A mitad del siglo XX, con el saber psicoanalítico y su status profesional reconocidamente establecidos, surge un nuevo perfil de candidatos ya graduados en medicina, que buscan en el psicoanálisis un complemento de curriculum. Es en esta época que el llamado análisis didáctico empie-

za a ser considerado un problema, debido a que el analista interviene en las decisiones sobre el candidato a formación. Como el analizante no puede abandonar el análisis, por ser obligatorio en su formación que este se haga con una persona de la misma sociedad, la escucha y la relación analista-analizante deja de ser modulada por la libertad y el analista es también juez. La ley es dura, igual para todos, hay normas rígidas en las sociedades de psicoanálisis y un silencio total con relación a las transferencias. Es interesante observar la referencia de Kupermann (2008) a Hélio Pellegrino, que afirmaba existir un "baronato" (p. 45) mantenido por la alienación transferencial producida por los análisis didácticos. A partir de 1970, la apertura gradual hacia el pluralismo teorico-institucional aumenta, y presentemente ocurre una apertura en las sociedades psicoanalíticas, con el intercambio de personas y pensamientos. Es en ese contexto que el autor describe el concepto de "transferencia nómada" en el psicoanálisis, que presenta un ineditismo saludable y permite la construcción de un camino singular en el proceso de formación de analistas. En este sentido, la finalidad del análisis empieza a permitirse que el individuo se sienta libre en un espacio caracterizado como un "espacio de juego", donde la transferencia busca moverse (p. 54). Este puede ser el espacio de trabajo de la transferencia nómada y de la superación de los obstáculos creados por el psicoanálisis en su proceso de institucionalización.

Daniel Kupermann (2008), en su texto "Transferencias cruzadas - Una historia del psicanálisis y sus instituciones", explica que la transferencia nómada es la posibilidad de transferir de manera múltiple en el ámbito institucional del psicoanálisis, permitiendo por lo tanto la preservación de la singularidad de la experiencia analítica en el proceso de formación" (p. 54). Añade que "es necesario que se deje de producir una transferencia absoluta, dirigida a un lugar único, cuyo efecto es la revuelta o la servitud, caras comunes de la moneda de la impotencia" (pag. 54).

El autor prosigue con sus cuestionamientos críticos a la preferencia que los analistas a veces dan al discurso teórico por encima del clínico, de esa manera empobreciendo el cambio de experiencias entre analistas, que se retraen en sus presentaciones de casos. También señala la necesidad de que se haga una relectura de la clínica del primer Freud, donde la discusión de la técnica pueda dar lugar a la discusión sobre la ética, pues la cura entonces deja de estar atada a la remisión de los síntomas y al sufrimiento, y, por otro lado, el trauma psíquico pueda estrechar su relación con la memoria. Kupermann también se refiere al tratamiento de la histeria por medio del hipnosis, donde se refuerza la voluntad a través de la sugestión, ya que el sufrimiento de aquella época era el dolor de la voluntad.

Kupermann registra la formulación del concepto de defensa y también la certeza de que los destinos del afecto caracterizaban las neurosis, de esa forma componiendo la primera marca transformadora del pensamiento de Freud. Los conceptos de dolor y de cura en la clínica, según

los entiende el autor, se refieren a la segunda transformación del pensamiento de Freud, caracterizada por la idea de que el pensar duele, porque es aquello que está reprimido, es material conectado a la sexualidad. Lo importante es que la promesa de cura ya no es un dogma, y que lo que no es sabido debe aparecer a través de la resistencia y de la transferencia. Algunos analistas aún trabajan como quienes revelan la gran verdad sobre el otro, utilizando el concepto de inconsciente fijo, con interpretaciones elaboradas por signos prefijados. Kupermann nos recuerda que es el campo afectivo-transferencial que permite la construcción de la posibilidad de existir, una cuestión que ya era importante para Freud en su consideración de que el análisis sólo avanza hasta el punto hasta adonde avanzó el análisis del analista.

Con la segunda tópica de Freud, la relación transferencial sufre cambios. Por eso Ferenczi se ocupa de la cuestión de la insensibilidad del analista. En el inicio del siglo, la interpretación sin tacto es considerada patogénica y el campo transferencial ocurre con un compartir afectivo, permitiendo el proceso regresivo de los pacientes. El analista empieza a “hablar con el niño”, en vez de “hablar del niño”, por medio del “lenguaje de la ternura” y de la técnica del juego.

El sentido crítico acompaña el modo de escribir las páginas siguientes, de manera dinámica y fenomenológica, ofreciendo al lector la sensación de estar leyendo a Freud en sus idas y venidas. Kupermann “desmenuza” el Diario Clínico de Ferenczi, contraponiéndolo al pensamiento de Freud e inspirándose parcialmente en Marcuse, y señala la importancia del analista no-institucionalizado y de la contratransferencia real.

En este sentido, es interesante acompañar la evolución del concepto de contratransferencia, que pasa de simple reacción al impacto provocado por el analizante a una contratransferencia real y, después, al análisis mutuo. Esta trayectoria dió lugar a lo que Winnicott llama de espacio intermedio que permite el encuentro afectivo, actuando sobre la constructividad y la salud del analizante. Fué a partir de entonces que se estableció una ética del cuidado regida por la calidad del encuentro entre analista y analizante.

Estas son cuestiones también presentes en el pensamiento de Winnicott, que formula la regresión al estado de dependencia absoluta como característica de la relación madre-hijo, lo que fué objeto de crítica de muchos psicoanalistas. Kupermann nos recuerda que en analizantes gravemente traumatizados el énfasis en el manejo puede llevar a etapas más primitivas del desarrollo emocional. El analista debe entonces adaptarse a los modos de subjetivación del analizante. El bebé, a través de la preocupación materna primaria, tiene la posibilidad de integrar su ego creando su propio ambiente cuidador, un control mágico, de omnipotencia, ejercido en las experiencias de ilusión y desilusión, mecanismo que constituye la base de la integración del self. La creatividad, por lo tanto, podrá reemplazar el espacio abierto por la desilusión de la omnipotencia, evitando que se impidan experiencias importantes de

ilusión. Esto pasa porque el “espacio transicional”, del vivir creativo, bajo la forma del jugar, de la experiencia cultural, religiosa, es importante en el inicio de la distinción entre el yo y la alteridad. El trauma es considerado como una falla generada por la invasión del ambiente en la vida del bebé, implicando una ruptura de continuidad del ser, causadora de reacciones defensivas que pueden llevar a una psicopatología más o menos profunda, dependiendo del grado de intrusión ambiental. De esta forma, el trabajo del analista, en la regresión, depende mucho de su capacidad para admitir su propia ambivalencia, incluyéndose en ella el odio contratransferencial. Es la comunicación del analista lo que puede permitir al analizante el contacto con su verdadero self. Esta dinámica exige, en realidad, una soledad compartida, que puede ser el origen del “gesto creador”. Es en este sentido que Winnicott apunta hacia la importancia de la “capacidad de estar solo” como generadora del mantenimiento de la vida.

Siguiendo por el camino de una concepción histórica del psicoanalizar, Kupermann observa cómo Freud y Ferenczi ya preconizaban la necesidad de la elasticidad de la técnica, y cómo lo más importante no podría ser transmitido solamente por medio de una técnica. El autor se profundiza en la metapsicología de Freud, especialmente a través de la revisión de conceptos como pulsión, sublimación y trauma, señalando que a partir del “gesto creativo” el horror y el abandono en el análisis no se perpetúan en la relación transferencial. Apunta entonces la importancia de una ética de la hospitalidad con lo infantil de los procesos de subjetivación, a través del “sentir con” del compartir y no más por la interpretación, en el “análisis por el juego”. En seguida afirma que “hablar con” exige el ejercicio de la sensibilidad del analista (el tono de la voz, la gestualidad, el ritmo y el momento de habla, etc.). En este sentido, Kupermann observa que la figura más cruel del abandono, a lo largo de la historia del psicoanálisis, es la de la insensibilidad del analista. La tarea del analista, al contrario, debe ser la de acoger al otro en su diferencia. Freud ya decía que compete al analista el difícil arte de la escucha, y Ferenczi complementa: los pacientes adivinan, de manera casi mágica, los pensamientos y las emociones del analista.

Ferenczi, examinando el lugar del analista con nuevas características, diferentes de aquellas legadas a la función de ser un reemplazante del padre, ya sugería la importancia del encuentro de dos inconscientes que se ponen en diálogo. Para explicarlo, y por medio de un lenguaje al cual llamó de ilustrada, Kupermann hace una analogía con la película de Almodóvar, *Hable con Ella*. Sobre el poder transformador de la vida, intenta señalar el camino de la comunicación del analista, que describe de la siguiente forma: “Quédese quieto”, “Hable de ella” y “Hable con ella” (p. 122);

Es muy valiente la secuencia de críticas del autor, representada por la frase “los analistas deberían ser mejor analizados que los pacientes. Hoy se constata que la mayoría interrumpe su análisis después de la formación, tal vez por un sentimiento de omnipotencia” (p. 137). A las

supervisiones de control, al análisis didáctico y al análisis mutuo, sería preferible el análisis "auténtico" con un extraño cualquiera, pues le cabe al analista permitir, en el setting analítico, el tránsito de la palabra al acto y a los modos de subjetivación inéditos, es decir, desde que el analista sea capaz de crear, de jugar, de reír y de llorar con la persona que se propone tratar. El medio ambiente es adaptativo y después desadaptativo, y el abandono traumático puede generar el autoabandono de uno mismo, una ruptura del tipo "lo sabe todo pero no siente nada", como les pasa a las personas que tienen dificultad en fantasiar y de imaginar. A estas críticas, Kupermann añade el peligro de que el psicoanálisis se vuelva obsoleto cuando enfatiza la relación entre trauma y pulsiones sin considerar las influencias del ambiente y del contexto sociocultural. Fue el pensamiento de Ferenczi que, con un nuevo estilo clínico sensible de análisis de niños en adultos, sugirió al autor el título de su libro. Un texto importante, el de Kupermann, al elegir cuestiones como la implicación del analista, la resistencia, la sublimación, la transferencia y la creación en el psicoanálisis. Siempre preocupado con la implicación del analista, Kupermann (2008) afirma que es fundamentalmente a partir de Deleuze y de Ferenczi que se puede hablar de una "clínica de lo sensible" (pag. 157), que presupone la "creación de un espacio de juego" (pag. 53) generador de nuevas formas de subjetivación.